

Prosa de poeta

Raúl Rivero

LOS GRANDES ATAQUES DE CELOS DE LA POESÍA SE producen frente a la novela. Le molestan los relatos de ficción, odia el ensayo, no puede ni ver el teatro, pero se permite convivir con el periodismo.

Ese es el único género que ella, la avasalladora, la noble, la fidelísima, autoriza después de un trámite que debe hacerse en la primera juventud. Si no es así, la poesía se encastilla, se cierra, se rebela, y deja al poeta sin su rumor, sin magia, sin hondura, sin música y sin fuerza para escribir la palabra niebla y que la hoja blanca se llene de neblina.

El pobre Rogelio Sinán me contó lloroso un mediodía en su casa de Panamá que, después que escribió su gran novela *La Isla Mágica*, no podía conseguir ni un octosílabo. Me tiene castigado, ella me tiene castigado, porque considera que la traicioné, me decía el poeta mientras miraba el mar como si la poesía fuera a llegar de pronto en un barco de vela.

Manolo Díaz Martínez, un hombre que ha vivido mucho tiempo y ha hecho una obra trascendente, una poesía de la que la lengua castellana ya no puede prescindir, sabía eso desde el principio.

Por eso, y, como buen conspirador, cuando se le pregunta acerca de los primeros textos que escribió en la vida menciona, desde luego, primero, la poesía y, en un discreto segundo plano, el periodismo.

A los dieciséis años escribí los primeros versos y el primer artículo, dice Manolo, cuando estaba estudiando el bachillerato.

Creo que la intensa labor periodística de Díaz Martínez se ha mantenido siempre más alejada del foco de la crítica porque la importancia de la poesía la ha relegado. Creo, también, que es un descuido de los estudiosos y de las personas que se han acercado a indagar en la trayectoria literaria del autor de *Vivir es eso*.

Su trabajo en el periodismo tiene mucho que ver con su vocación de promotor de la cultura. A lo largo de su vida estuvo siempre en las redacciones de los periódicos, en suplementos literarios y emisoras.

En los primeros años, sin embargo, se sumergió en el ámbito áspero y tajante del reportaje, la entrevista y el artículo diario, bajo la presión de la hora de cierre, en aquellos espléndidos talleres con olor a tinta donde los artículos y los bajantes se empastelaban y los regentes, los correctores y los reporteros se hablaban a gritos en el fragor de las rotativas.

Todavía en los 70, cuando era ya un poeta de renombre, enviaba trabajos de esa categoría a algunos diarios de provincia, como el *Adelante*, de Camaguey, donde el poeta Raúl Luis y yo los leíamos, no sólo para conocer la realidad de la zona de Oriente, donde estaba Manolo en ese tiempo, sino para tratar de aprender a redactar en español.

Díaz Martínez fue, en momentos muy complejos en Cuba, jefe de redacción de *Hoy Domingo* y después vivaqueó como pudo en *La Gaceta de Cuba*, cuando el comunismo criollo llevó el periodismo al nivel de murales de sindicatos norcoreanos, horizonte perdido donde permanece.

Ahora, en el suave ardor de su tercera juventud, el periodista que es Manolo colabora con artículos en la prensa canaria y en varios medios electrónicos (*Ver Encuentro en la Red*). Su periodismo merece un examen sereno y hondo por la calidad de sus textos, la tenacidad y la disciplina del comunicador que es —no hay que olvidarlo— el codirector de esta revista.

Cuando se le preguntó hace poco en qué género se sentía más cómodo, Manolo respondió enseguida: en la poesía. También en el artículo de opinión y en la crónica.

La poesía y el periodismo conviven, en las complejidades del amasiato, en la espaciosa residencia cordial que debe ser el corazón del poeta.